

Arpilleras

Dr Lorna Shaughnessy

<https://lornashaughnessy.com/about/>

<https://lornashaughnessy.com/arpilleras/>

3 de marzo 2022



For Marjorie Agosín

They met in hospitals, morgues and courtrooms:
the women in search of their loved ones,
knocking at the soundproofed perspex windows
in wall after wall of lies.

There were no disappeared.
Only the unmarked graves in Santiago's cemetery
of those buried in the darkness of curfew.
No names to name and nothing to tell.

Stripped of their truths, like Philomena
they chose to tell each story with their hands -
rose early to put in an hour with scissors and thread
before readying the house for another working day;

met weekly in Churches, hands clammy
with the cold sweat of conspiracy and fear,
smuggling their stitched witness in closed umbrellas,
tucked under coats, folded up sleeves.

The vivid patch of grass in that garden scene
is the sleeve of a daughter's dress; the blue
of a son's favourite shirt gives innocence back to a sky
like the one where the sun shone the last time she saw him.

Their fingers craved knowledge of the missing –
the texture of the clothes they wore, the brush of their hair,
the way an infant needs an absent mother's smell
or the touch of her apron.

The women sewed and met and sewed.
They sewed and met and began to march,
wearing the same seasonless coats
since the moment of disappearance,

waiting to sew the last scrap of each life
firmly into place.



Arpilleras

para Marjorie Agosín

Se encontraban en hospitales, depósitos de cadáveres y tribunales:
mujeres en busca de sus seres queridos,
golpeando en los insonorizados vidrios de perspex
de un sinfín de viles mentiras.

No había desaparecidos,
solo las anónimas tumbas de gente enterrada
en el cementerio de Santiago bajo la capa de la noche,
sin nombres que nombrar ni nada que contar.

Privadas, como Filomena, de sus verdades,
decidieron contar sus historias con las manos –
madrugaban para cortar y coser una hora
antes de prepararse para otro día laboral;

se juntaban todas las semanas en iglesias,
sus conspiradoras manos heladas y humedecidas
por el sudor del miedo, sus cosidos testimonios
disimulados en mangas, paraguas y abrigos.

El vivo verde del pasto en tal escena
era la manga del vestido de una hija; el azul
de una camisa preferida devuelve la inocencia al cielo
en donde brilla el sol como al último encuentro con su hijo.

Sus dedos ansiosos de saber cosas de los desaparecidos –
la textura de sus ropas, el perfume de sus cabellos,
como el niño que necesita el olor de la madre ausente
o el roce de su delantal.

Cosían y se juntaban y cosían.
Cosían y se juntaban y se pusieron en marcha,
vestidas siempre con la mismísima ropa
de ese fatídico día,

esperando para coser el último trocito de cada vida
firmemente en el lugar que le correspondiera.

(Translated by Daniel O'Donohue)